AÑO LI. Martes 26 de Septiembre de 1911 Núm. 14.948

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalémer Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

LAS COSAS CLARAS

Roberto Castrovido, en un instante de cólera dolorosa, se ha sobrepuesto á toda suerte de prejuicio y ha confesado una convicción íntima: la de no llamarse más republicano. Al ilustre periodista le han desengañado los últimos sucesos, de los que sólo ha obtenido una verdad: que únicamente algunas hetairas han cumplido con su deber. Pero Castrovido se ha quedado corto en su confesión, ó, por mejor decir, no ha dicho todo lo que pensaba. Castrovido pudo decir, no que dejaba de ser republicano, sino que le daba vergüenza serlo. Las cosas, claras. Si así se hubiera expresado, habría recogido la convicción ideal de todos los españoles que aman la República y en una sola frase hubiera resumido el sentir de todos. Pero Castrovido, por un resto de romanticismo del cual no he sabido prescindir, se ha sacrificado á él solo para no destrozar la ilusión de sus correligionarios. Es un rasgo de nobleza que le honra.

Sin embargo, eso no basta. Hasta hoy se ha abusado de esa nobleza, y ya es hora de que se hable claro. Por exceso de nobleza se han callado los actos de los malhechores del republicanismo. Por exceso de nobleza y para no desalentar á los hombres de buena fe se ha hecho el silencio alrededor de las complicidades de los representantes del pueblo. Por exceso de nobleza no se ha dicho que casi todo lo que bulle y se ve del partido republicano es tan malo como lo más malo del monarquismo. Por exceso de nobleza se ha ocultado al pueblo que entre los republicanos como entre los monárquicos hay santones, sin oficio ni rentas conocidas, que viven á lo príncipe. Por exceso de nobleza se ha callado que muchos caudillos y santones que predican la revolución y empujan al pueblo á las barricadas, se hacen encarcelar con tiempo para guardar su sagrada persona ó se meten debajo de la cama en tanto que dura el peligro. Por exceso de nobleza se ha callado en las elecciones que la mayoría de los candidatos impuestos por los caciques de Comités, como tantos de nuestros enemigos, iba al Ayuntamiento, á la Diputación y á las Cortes, no á sanear la administración, ni á luchar por la libertad, sino á arramblar con lo que pudiera. Y por exceso de nobleza también no se ha dicho que la tiranía de alpargata luchaba por sustituir la tiranía de guante blanco.

Bastante y por harto tiempo se ha abusado de la nobleza y del romanticismo. Ahora lo que hay que hacer, lo que se impone, es decirle la verdad á los republicanos para que estos sepan por qué clase de gentes se comprometen y van á presidio. Lo necesario es barrer con una manga de riego el grupo de santones, caudillos y caciques. Lo imprescindible es enterar al pueblo de que los señores que predican la revolución se ocultan como los caracoles, en la hora de peligro, y como los caracoles, asoman la cabeza cuando alumbra el sol de la paz. Es decir, que es preciso contar en voz alta todo lo que se sabe, todo lo que se dice en voz baja, todo lo que es ya una convicción absoluta. Pero apartarse del partido, para que la farsa continúe y vivan y medren aquellos á quien llamó Bonafoux malhechores de la política, ni es oportuno, ni lógico, ni razonable. Hoy hay que ser sincero sobre todo, tan sincero que pueda decirse al pueblo que la sangre que se asegura vertió Maura, Cierva y Canalejas la han hecho correr los santones republicanos, y que sobre su conciencia pesa el crimen de los hombres de buena fe que hay en presidio.

¡GUSTAVO.

Nota.—No se incomode con nosotros "La República": ese bien escrito artículo no es nuestro ni está tomado de ningún periódico jaimista, ni conservador, ni liberal monárquico.

Es del periódico republicano "España Libre" del domingo 24 de Septiembre actual.

Y no necesita comentarios.

Funerales

Madrid 26 9 m.

Dicen de Valencia que en Sueca se han celebrado solemnes funerales por el alma del Juez y alguacil asesinados por los revoltosos.

Acudió numeroso gentío presidiendo el fúnebre acto el presidente de la Audiencia, el fiscal, los jueces y representaciones del capitán general, el alcalde, el gobernador y el arzobispo de Valencia.

Una compañía del regimiento de Otumba tributó honores.

Retazos

MADRIGAL

Yo sé de la voluble mariposa,
que vuela sin cesar de flor en flor;
yo sé de las espinas de una rosa
que hirieron á un melifluo ruiseñor.
Yo sé de una mujer pura y hermosa,
que, cansada de amar, muere de amor.
Y yo sé de un político-glucosa
que renuncia á la mano de Leonor.

RECORTES

Dice Pedro de Répide en «El Liberal» de Murcia, del 5 del actual:

«La profesión de fé de honradez es siempre sospechosa en quien la cacarea.

Así acontece que quienes ponen empeño en declararse honrados, antes de que nadie se lo pregunte, son precisamente algunos de los ahijados de Mercurio, ora en forma de comerciantes, ora bajo otro aspecto de consagrados al ligerísimo Hermes.»

Aplícate, Pepe, el cuento,
y declárate ex-honrado
si no quieres que te aplique
la moraleja del párrafo

Diálogo al vuelo

—Detesto la mentira,
—De ella vivimos!
—Detesto la lisonja,
—Todos te alaban!
—Aborrezco las Cortes.
—Son tu guarida,
—Me revientan los brutos,
—Ellos te ensalzan
La política es bufa,
—Tú la practicas,
—La política es necia,
—Tú la trabajas.
—En los gremios me escudo.
—Son tus validos,
¡Qué volcán de sandeces!
—Son tus palabras.

X. Y. Z

La inmunidad

Hoy me siento inmune, es decir, inaccesible, independiente.

Hoy no pago á nadie, lo mismo que ayer y mañana: hoy me siento con ímpetus para atacar la inmunidad agena.

Nada hay más santo y respetable que la personalidad humana. Nuestro delicado organismo es fisiológicamente una obra admirable del espíritu conservador que lo ha creado. Defendidos de los agentes exteriores por un ejército invencible de tejidos, músculos y huesos, nos aventuramos por el mundo, guiados por el instinto que es la vida enamorada de sí misma, impelidos por la voluntad que nos atrae ó repele, según las alternativas del apetito, y aleccionados por la inteligencia que calcula la magnitud del obstáculo, determina la intensidad del peligro, y precisa y gradúa la pujanza del esfuerzo.

Esta inmunidad natural, física, de que gozan nuestros miembros, es incomparable con la inmunidad real y efectiva de que goza el hombre civilizado en el seno de las sociedades modernas. Sus derechos, sus libertades, sus intereses, sus afectos, sus costumbres, sus creencias, sus virtudes, hasta sus vicios, viven al amparo de la ley inflexible que respeta y hace respetar, el sagrado de la conciencia del hogar y de la fe política.

Mas, esta santa inmunidad, que á todos alcanza y protege, se convierte, por exageración del principio, en impunidad escandalosa, cuando trata de extenderse á los actos colectivos, llámense delirios comunistas ó pasiones anárquicas, *crímenes justos* ó asesinatos *inevitables* (¡!)

Progresamos incesantemente, y como si el excesivo libertinaje no fuese el mejor vehículo de la corrupción y el desorden, el miedo, disfrazado con el pomposo nombre de inmunidad, ha escrito en las frentes de los reyes chicos, ungidos por el pueblo, de los diputados que se alzan inopinadamente sobre el pavés, esta sibilítica y previsora frase:

¡Soy inviolable!

Tal calificativo recuerda el pudor de las vírgenes, la castidad de las vestales, la desventura de las doncellas. Palabra misteriosa y fascinadora, incentivo de los perpétuos rebeldes que se recrean en el goce exquisito de la caida de la hoja. Sí, señores invulnerables, de la hoja que cubre el honor, el prestigio, la infalibilidad de las autoridades en materia de artes, ciencias y cuquerías.

El término *inviolable* es brusco, gráfico, repulsivo, y debiera reservarse para el avance del feminismo. La pudibundez mojigata y el estímulo de la originalidd han discutido acerca de la propiedad del vocablo higiénico «Inmune». Yo más decisivo, llamaría *irresponsables* á los padres de la nación. Hay gramáticos más bélicos que lingüísticos, que apellidan *inexpugnables* á los legisladores embrionarios.

Hay entes corrosivos que consideran al acta como una bula para comer carne... muerta; á tanto equivalen las campañas de difamación, escándalo y negocio.

Algunos alquilan la *alba loga* (vulgo *bata blanca*) para vivir en pleno carnaval pollico el mismo miércoles de Ceniza.

A otros más francos y más místicos, les sirve el cargo para esconder en la *inpunidad* el puñal envenenado de su elocuencia pueblerina. Aquellos utilizan el título como un arma ilegítima, que se hunde en las entrañas ó en las espaldas del enemigo. Estos le llaman la estafa de los criminales.

En general, la inmunidad es eximente para toda clase de delitos. Las Cortes eximan los sufragios, y los tribunales que seguramente condenarían, sus fallos en su día reparadores.

La impunidad triunfa: la calumnia reina á despecho de las denuncias.

Es gracioso el juego de palabras; una *n* que se sustituya por una *p* y permuta con una *m*. El diputado delinque, es pública la falta. No se le puede coaccionar; hasta cuando mata, es diputado.

Patentes de corso, licencias de caza en tiempo de veda. Los infalibles, los impecables, los impenitentes!

¿Los intérpretes de la ley actúan de legisladores?

Inmunidad, frente al poder, eres soberano; ante el Código, eres delincuente.

Sálvense los principios, aunque perezcan los diputados!

A. B. C.

Los gobernadores civiles

Madrid 26-9 n.

El presidente del Consejo de Ministros ha manifestado que durante los días que restan del presente mes quedará ultimada una combinación de gobernadores civiles que ha de ser bastante extensa y que alcanzará principalmente á las provincias en que han habido movimientos huelguistas.

D. Juan Oliva Ruíz

Esta mañana á las diez se ha verificado el sepelio del cadáver de nuestro malogrado amigo D. Juan Oliva Ruíz, asistiendo al acto una numerosísima concurrencia en la que iban representadas todas las clases.

En la presidencia del duelo iban el Sr. Juez de Instrucción Sr. Torres Babi, el Alcalde D. Manuel Más, el Juez municipal D. Ramón Cañete, D. Mariano Sanz, D. Justo Aznar, D. Francisco Arróniz, D. José María Pelegrín, D. Ginés Daró, D. Ramón Laymón, D. Angel Moreno, D. Luís Mínguez, D. Rafael Blanes, D. Joaquín Díaz Zapata, D. Ricardo Guardiola, D. J. Gironés, D. José María Sanz, y otros que no recordamos.

El féretro fué conducido á hombros por dependientes del finado hasta la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y en el cortejo fúnebre formaban parte los asilados de la Casa de Misericordia y el clero de la dicha parroquia con Cruz Alzada.

Descanse en paz nuestro inolvidable amigo y reiteramos á su afligida familia nuestro más sentido pésame.

—¿Decís que *haríamos mal*?—preguntó la morisca marcando la palabsa subrayada.—¿Qué encontráis de común entre las dos?

—Si yo soy bruja y echicera,—contestóle la vieja,—tú eres adoradora del Korán aunque te bautizaron siendo niña.

—¡Bah!—le replicó la joven;—yo soy rica, soy hermosa y por lo tanto estoy segura. Por el contrario, vos marcharíais á la hoguera con solo una palabra de mis labios, si fuera acompañada esa palabra de los doblones que me sobran. Pero acabemos,—continuó, colocando en la mano de la vieja tres doblones de á ocho (1);—esto es para empezar; después será á otra cosa.

Los ojos de la bruja brillaron como dos carbúnculos. La sórdida avaricia la embargaba y en su emoción dijo á la joven:

—Dispón de mí, hija mía; manda y haré lo que tú quieras, que me has ganado el corazón y el alma, y los sentidos, y cuanto valgo y cuanto puedo ¿Estás enamorada de un infante? Dímelo y te lo traigo de una oreja y le hago que te adore.

—No es eso, madre Ceferina; es otra cosa lo que quiero. Necesito quedarme en la posada sin que nadie adivine quien soy yo.

(1) Equivalen cada uno á una onza de oro, ó sean diez y seis duros.

prendida.—¿Ese santo varón, modelo de virtudes?

—Ni más ni menos, hija mía.

—¿Y ella, quien es?—preguntó la morisca ardiendo de curiosidad.

—Doña Inés de Tallante, le respondió la vieja con voz queda cual si temiera ser oída.

—¿La hermosísima esposa de Don Mendo, esta virtuosa joven que cuida del anciano cual si fuera una hija?

—La misma, sí, hija mía, que lo ha llevado á Benipila para cuidarlo con esmero en la tranquilidad del campo, y le procura el sueño por las noches á beneficio del beleño, mientras ella se viene con su *tío* á tratar sus asuntos de familia.

—¡Qué historia!—murmuró Estrella pensativa.

—De esa clase de historia pudiera yo contarte muchas. Es lo que más abunda en esta tierra de conventos y beatas.

—¿Teneis aquí un espejo?—preguntó la morisca dando por terminado su atavío.

—¿Y para qué habría de tenerlo?—le contestó la vieja.—Pero ahora que recuerdo,—continuó;—en un bolsillo del gregüesco debe haber uno de la dama!

Metió Estrella su mano en el bolsillo y al sacar el espejo encontró unos papeles, olvidados sin duda por la dama.

contestó la bruja.—Una señora principal es quien lo viste, hermosa mía; llévole estos vestidos á una choza que se halla muy cercana á la posada, y de allí sale transformada para buscar al fraile, no estrañándole á nadie una tan inocente compañía, pues que la hermosa dama pasa por un sobrino de su reverencia, y en amor y compaña dan sus largos paseos á través de los sauces y cañares que crecen en los bordes de la rambla.

—Muy bien,—dijo la joven,—ahora me falta conocer sus nombres; el de la dama y el del fraile.

—Por Belcebú!—le replicó la vieja;—eso imposible.

—¿Cuánto os vale el servicio que prestáis?

—Me vale tanto, Estrella, cuanto no puedes figurarte.

Pues bien nada temáis,—le contestó la joven;—nada arriesgáis si me servís, pues á la vez podréis seguir sirviendo á su paternidad y comeréis á dos carrillos. Tomad,—siguió diciendo y poniendo en su mano otro doblón;—decidme esos dos nombres que en nada han de comprometeros.

Cogió el doblón la vieja con codicioso afán.

—Ya que tal es tu empeño,—dijo,—escúchame, Fray Juan Nepomuceno de la Cruz se llama el franciscano...

—¿Estáis loca?—le interrumpió la joven sor-